

GARCIA PAVON Y EL TEATRO

Aunque los críticos y estudiosos de la obra de Francisco García Pavón se refieren casi siempre a sus cuentos y novelas, también el escritor de Tomelloso prestó al fenómeno teatral una especial atención. Recuérdese su larga época de crítico en varios periódicos de Madrid y sus años de director de la Escuela Superior de Arte Dramático. Ya en 1971 publicó un libro cuyo título no podía ser más revelador: “Textos y escenarios”, en el cual recogía buena parte de sus trabajos aparecidos en diarios y revistas. García Pavón entendía que el teatro es un arte complejo, con seres vivos presentes y bullentes, el espectáculo más alucinante para el hombre desde hace siglos.

Hoy, cuando se me piden unos folios para este “Cardo de Bronce” especial que el Ayuntamiento de Tomelloso le dedica en el aniversario de su muerte, he vuelto a releer “Textos y escenarios” y a recordar alguno de los comentarios que entonces le dediqué. El libro estaba fraccionado en cinco largos capítulos o parcelas y en cada uno de ellos el autor comentaba las diversas significaciones de la temática teatral: “Textos y autores”, “Los actores”, “Los críticos”, “El teatro, espectáculo complejo” y “Temas próximos”. Y sin que ello quiera decir que el resto del libro no fuese tan importante o más, a mi me interesó especialmente la parte dedicada a “Textos y autores”, pues era, en mi opinión, en la que García Pavón había realizado una inteligentísima penetración en torno a la etiología de las obras más representativas de la escena española. Los comentarios —verdaderos ensayos— dedicados a “Fuenteovejuna”, “Peribáñez y el comendador de Ocaña” y al mito de “Don Juan”, son realmente magníficos.

Sobre “El Burlador de Sevilla”, García Pavón abundaba en datos y reflexiones, todas ellas de especial alcance crítico e ilustrativo. Comparaba el “Don Juan” de Tirso de Molina con el de José Zorrilla, explicando que la postergación de aquél por éste, durante muchos años, no se debió a razones cronológicas ni preferencia por parte de un público quizá más atraído por el Romanticismo, sino a que Zorrilla nutrió a su Tenorio de una serie de valores humanos, de una encarnadura artística, que, tal vez, faltan en el de Fray Téllez. La musicalidad de los versos del poeta vallisoletano, su exaltación de la hombredad española, de la ternura de Doña Inés de Ulloa, la salvación final del calavera produjeron un mayor impacto escénico que el más frío enfoque teológico de Tirso.

De gran utilidad para los estudiosos del teatro eran —y continuarán siendo— las páginas que en este libro se dedican a autores como Muñoz Seca, Jardiel Poncela, Ramón María del Valle-Inclán, Federico García Lorca, Alejandro Casona y Joaquín Dicenta. Recuerdo que los más precisos elogios de García Pavón eran para Valle-Inclán, por la alta calidad de su lenguaje, por su ahondamiento en la realidad española, en el fenómeno de la arbitrariedad feudal galaica. Comentaba García Pavón como Valle, en los “esperpentos”, ya no escribía con la mano, sino con el puño del alma: “Ha empuñado por la punta los cables calambrosos de más dramática realidad ibérica”. Y en las páginas que dedicó a Joaquín Dicenta ponía de manifiesto por donde se hallan las claves del auténtico surgimiento del drama social en nuestro teatro, señalando la importancia de “Juan José”.

Hablé mucho sobre teatro con Francisco García Pavón y he leído prácticamente todo lo que fue publicado sobre este tema. Le hice entrevistas que se publicaron en la mayor parte de los periódicos españoles y en algunos de América, y siempre advertí su gran interés por dicho género. García Pavón, de acuerdo con su manera de entender cualquier fenómeno cultural o social, no se acercaba al teatro con mentalidad de erudito o historiador, sino con su peculiar talante de escritor, de hombre que todo lo fía al lenguaje, a la imaginación, a la capacidad creativa. Fue un narrador enamorado del teatro, un novelista que comprendía perfectamente a los dramaturgos y comediógrafos, a los cómicos de los teatros de las grandes ciudades y a aquellos otros del carro de la farándula que iban —y van— de pueblo en pueblo. Por eso he querido recordarle en esta faceta de su actividad literaria.

JOSE LOPEZ MARTINEZ